

# GLORIA Y MEMORIA DE CARLOS GARCIA FERNANDEZ \*

*por JOAQUIN CARO ROMERO*

Existen dos Carlos García en la literatura española. El primero, por orden cronológico, fue doctor en Medicina y vivió en pleno Siglo de Oro. (El marqués de Jerez de los Caballeros costeó en 1886 una edición de cien ejemplares de su obra más significativa: «La desordenada codicia de los bienes ajenos».) El segundo Carlos García fue doctor en Derecho y nació en Jaén un 3 de febrero de 1911. A los seis años se trasladó a vivir a Sevilla. Sevilla fue para el señor Carlos García como Málaga para don Vicente Aleixandre: su «ciudad del paraíso». Estudió en Colegios de Escolapios y Jesuítas y a los veintiún años terminó la carrera de Derecho en nuestra Universidad, donde continuó cuatro años más como ayudante de Derecho Civil y de Procesal con los profesores Casso y Giménez Fernández. Magistrado suplente de la Audiencia Territorial de Sevilla desde 1944, ejerció sus funciones «con dignidad, competencia y celo (...), de manera que la bondad titular de nuestra Casa podía solo basarse en sus virtudes profesionales para llamarle a sus filas», como reconoció nuestro ilustre compañero don Francisco López Estrada en su discurso de contestación al de su ingreso en esta Real Academia. «Los que ejercen el Derecho —afirmaba López Estrada— están siempre propicios a acer-

---

\* Texto leído el 27 de enero de 1995 en la sesión pública en recuerdo del Académico D. Carlos García Fernández (q.e.p.d.) por el Académico D. Joaquín Caro Romero.

carse a la literatura. Ellos mismos se valen de la expresión literaria en el ejercicio profesional. No olvidemos que la oratoria forense fue, en sus orígenes, un género dentro de la literatura, y aún hoy permanece el valor persuasivo de una ornada oración, cualquiera que sea su asunto; la interpretación de las leyes no está reñida con el buen decir, y la educación literaria estuvo siempre presente en la formación del cultivador del Derecho idóneo, y no le abandona en la vida».

Don Carlos García contrajo matrimonio a los treinta años, en el sevillano templo de San Andrés el 30 de abril de 1941, con doña Pilar Rodríguez de Quesada y Cobián, con la que tuvo ocho hijos, seis de los cuales sobreviven.

Don Carlos Pío Blas García Fernández, que así se llamaba, inició sus publicaciones en la revista «Mediodía» en enero de 1928, antes de cumplir los diecisiete años. Alejandro Collantes de Terán le bautizó como «el benjamín de *Mediodía*», título que le disputaba afectuosamente Manolo Díez Crespo, que era dos años mayor que él. La poesía, la crítica literaria y, sobre todo, el artículo de periódico es lo que más singulariza a su obra, muy derramada en publicaciones tan diversas como «Mediodía», «La Gaceta Literaria», «Papel de Aleluyas», «Hojas de Poesía», «Lola», «El Noticiero Sevillano», «ABC», «El Liberal», «El Correo de Andalucía», «Archivo Hispalense» y en los Boletines de esta Real Academia.

«Precoz fue mi amor a las letras —confesó— y como todos los prematuros floreceres hubo de agostarse pronto. No por falta de entusiasmo, sino porque nuestro querido padre no creía como Baquílides en su famoso epinicio, que las letras y la poesía contuviesen en su grato acento «la paz y la riqueza de los hombres», solo veía en aquellos primeros poemas de las revistas y artículos en la prensa diaria, un tiempo quitado furtivamente a las tareas escolares. Por el contrario nuestra madre —son palabras suyas— apoyaba en secreto esta afición que vino a tomar el delicioso sabor de lo prohibido. (...) A su lado aprendí mucho porque era mujer de cultura superior a la común en las de su época, clase y estado. Me llevó, dirigiendo mis primeras lecturas, hacia Fernán Caballero, Pereda, Coloma, Zorrilla y Campoamor y a ciertos autores franceses, de su especial predilección como Bossuet, Chateaubriand, los hermanos de Maistre y algunos dramaturgos del brillante y pulido siglo XVII del país vecino. Más tarde dos profesores jesuítas, Juan Marcelino Sáez y Antonio Osborne (...), contribuyeron a estimular

mis lecturas de los clásicos y, muchacho ya, al lado de un amigo, de condiciones pedagógicas impares, José Cádiz Salvatierra (...), llegó mi afición a su momento máximo». (Este fragmentado autorretrato suyo es bastante significativo para adentrarnos en nuestro personaje.)

El 19 de enero de 1964 leyó su discurso de ingreso en esta Real Corporación sobre «Un poeta sevillano preterido»: Manuel Machado. Hablar de Manuel Machado en tono recuperador y encomiástico entonces era nadar a contracorriente de los gustos y estilos de la época. Ahora, 30 años después, no. Hoy el mimetismo redentorista sitúa al poeta en el sitio que antes se le regateaba.

Don Carlos fue llamado a esta Academia para ocupar la vacante del Excelentísimo Señor Don Ricardo de Rojas y Solís, marqués de Tablantes. Fue Secretario Primero y el 24 de abril de 1981, en la sesión en que fue nombrado Director el señor Morales Padrón, fue elegido Vice-director.

De su obra literaria cabe destacar, aparte de sus poemas de juventud, su ensayo sobre «Sevilla en Azorín», otro sobre Mérimée, sus semblanzas de Juan Ramón Jiménez y Luis Cernuda, además de las del Infante Don Carlos de Borbón, don Federico Castejón —catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Sevilla—, don Demófilo de Buen, profesor de Derecho Civil; o don Amante Laffón, que fue Secretario de esta Academia.

Otro Laffón de imborrable memoria, don Rafael Laffón, que también fue Vice-director de esta Academia, escribió de don Carlos García: «Es un poeta nato, excelentemente dotado, como pueden constatar quienes consulten las colecciones de aquella revista literaria «Mediodía», que en Sevilla señaló una epifanía juvenil renovadora». Voy a dar lectura a una de las pruebas de su talento poético que guardaba muy cuidadosamente manuscrita Joaquín Romero Murube tras ver la luz en «Mediodía» a finales de los años veinte»:

### AMOR

(Elegía sumamente breve)

En el cinema —amor— eras de sombra  
doblada a martillazos por las puertas,  
un aroma de juncos bengalíes  
encalaba tu risa blanca y negra.

La línea de un dentrífico impecable  
te hacía a mi mirada más entera,  
lejana en un efluvio de cristales  
mientras la cinta te llenó de estela.

Estela de metal acrisolada  
por la continuidad de tu querencia  
pavimentada de mullido estambre  
y maciza, no ostante ser silueta.

Trayectoria sin fin de parques públicos  
tus manos argentadas y perfectas  
me llevaban a un punto muy lejano  
cubierto —¡ay!— de sonrisas y sospechas.

Joaquín Romero Murube compartía con Rafael Laffón y Alejandro Collantes de Terán un enorme afecto por el «benjamín» de «Mediodía». Romero Murube le dedicó un poema en su libro «Sombra apasionada». Corría el año de 1929. Helo aquí:

### CANCION DEL JARAMAGO

*A Carlitos García*

Luz para nadie mirarla.  
Vana alegría perdida  
en el silencio sin tasa.

Angulos húmedos, fríos,  
lo guardan siempre, lo guardan  
en los patinillos pobres  
de luz en el aire ahorcada.

¡Alma de agua, jaramago,  
jaramago de oro, canta  
bajito, bajito, débil  
tu amor a paredes blancas!

Don Carlos García Fernández fue Presidente de la Sección de Literatura del Ateneo Hispalense durante los cursos 1934-1935, 1944-1945 y 1946, y 1955-1956. También fue Presidente de la Sección de

Literatura de la Sociedad Económica de Amigos del País y bibliotecario del Círculo de Labradores. Y ya que me he referido al Ateneo diré que don Carlos encarnó al Rey Gaspar en la Cabalgata de Reyes Magos del año 1936.

Años atrás, alguien me dijo malévolamente:

—Don Joaquín, para ser hombre importante en Sevilla hay que conseguir tres cosas: ser Académico de Buenas Letras, dar el Pregón de la Semana Santa y salir de Rey Mago.

Digamos irónicamente que en nuestra ciudad esta marca solo la ha batido Joaquín Romero Murube entre los años 1937 y 1944.

Entre los grandes poetas de la generación del 27 el amigo más reconocido de Carlos García Fernández fue, aparte de Luis Cernuda —del que hablaré más adelante—, Gerardo Diego, quien hace treinta años le retrató de la siguiente manera en su libro «El Jándalo»:

Por tu abuelo, que fue jándalo,  
tú, forense y comodoro,  
junto a tu Torre del Oro,  
eres cantábrico vándalo.  
Guarda entre alcanfor y sándalo  
—arcón de China amarilla—  
tu ejecutoria que brilla  
y airéala cada enero.  
Pase el Asón por Ampuero  
como el Betís por Sevilla.

Cuando te vistes la toga  
majestuoso e imponente  
y vienes entre la gente  
que llena el patio y dialoga,  
mi memoria te interroga  
y afila hasta aquel cañizo  
Carlitos, a quien bautizo  
administré en Lola brava:  
el mismo que ayer piaba  
y hoy dentro de ti exorcizo.

«El mejor recuerdo amistoso literario» que tenía —según confesión propia— era el de Juan Ramón Jiménez, a quien conoció en Sevilla en enero de 1930. Juan Ramón había venido a pasar aquí

«una temporada de descanso» con su esposa y una sobrina. Se hospedaba en el Hotel Savoy. (¿Dónde estaría el Hotel Savoy?, me preguntaba yo mientras iba ordenando mis recuerdos del ilustre homenajeado. Llamé por teléfono a un escritor sevillano amigo, el doctor José Manuel Laffón, quien despejó mi ignorancia: —El Hotel Savoy estaba en la calle O'Donnell, número 25.)

La conversación de esta primera entrevista de Carlos con Juan Ramón, «fue muy larga, más de dos horas, y aún quería al final retenerme» —evocó García Fernández—. La charla la interrumpió Juan Ramón una sola vez en que se retiró a su habitación inmediata a hacer unas gárgaras bastante estrepitosas».

No voy a detenerme en los pormenores de la entrevista por no prolongar demasiado este acto. Añadiré que Carlos continuó reuniéndose con Juan Ramón en Madrid en el piso que tenía el maestro en la calle Padilla. «Luego vino la guerra y ya no le vi más. Mejor dicho, le vi muerto, a través del cristal de la caja en la capilla de la Universidad, el día del Corpus en que llegó su cadáver de paso para Moguer».

Con Luis Cernuda se reunía en su casa de la calle del Aire. «En el verano del veintiocho murió la madre de Luis. Unos cuantos amigos y familiares le acompañamos en el entierro. Ya nada le retenía en Sevilla y arreglados unos asuntos familiares y económicos, en alguno de ellos le prestó ayuda nuestro padre, se marchó a fin de verano».

Un día —me contó Carlos—, Cernuda y él le enviaron una carta a Jorge Guillén, que se encontraba por entonces de catedrático de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Murcia. Aunque Carlos no me dijo la fecha, yo deduzco que fue en 1926 o 1927. Luis y Carlos tuvieron la ocurrencia de enviar la carta sin más dirección que una redondilla en el sobre que decía:

—Esta carta, ¿para quién?

—Vanos copleros, callad.

Es para Jorge Guillén,  
en Murcia, Universidad.

Desde Málaga, desde Madrid, desde Barcelona y desde Toulouse Cernuda le mandaba postales y cartas a su amigo Carlos García. En uno de sus envíos le confesaba: «Querido Carlos: Unas postales son poco para el interés y afecto que siento por ti».

Carlos García Fernández nos dejó sin haber reunido en libro ni siquiera una parte de los numerosos trabajos literarios que publicó a lo largo de su larga vida. Yo me he llevado años y años insistiéndole en que los reuniera en uno o en varios libros y me ofrecía a ayudarlo en el empeño, pero lo iba aplazando y aplazando. Quizá estemos a tiempo todavía. La tarea de rescate no sería muy difícil.

Y volviendo a lo que decía el profesor López Estrada hay que advertir en «en los manuales y estudios de literatura solo damos cabida a los escritores que llegaron a serlo, diremos que profesionalmente: Juan Ramón, el maestro; García Lorca, Alberti, Cernuda, Gerardo Diego, etcétera. Pero, ¿qué hubiese sido de ellos si alrededor suyo no hubiese existido esa «inmensa minoría», necesaria para el logro de su arte, no solo en Madrid, sino también en provincias? Carlos García fue de los primeros del grupo, en cabeza de una «inmensa minoría», en una ciudad del prestigio literario de Sevilla. Por eso pudo conocer y tener leal amistad con los autores que mencioné, e hizo esto permaneciendo radicado en su ciudad, junto con el grupo que formaron aquí Romero Murube, Laffón, Sierra, Capote, Villalón, Alejandro y Antonio Collantes de Terán, Antonio Meneses, Porlán, Gordillo, José María del Rey y otros más».

Entre las anécdotas que almaceno en mi memoria contaré la siguiente: Un día, al descubrir don Carlos que el texto de un trabajo literario suyo había sido plagiado, recriminó al plagiario en estos términos, sin perder la compostura, la modestia ni el humor:

«—Qué mal ha elegido usted, amigo, eligiéndome a mí para la copia, teniendo usted en su casa a Shakespeare, a Juan Ramón Jiménez, a Cervantes, que esos sí que son ejemplos de maestros».

La última vez que habló en público fue precisamente en este Salón de Actos, el 18 de mayo de 1980 y fue para responder en nombre de la Academia a mi discurso de ingreso. Previamente me había anunciado que no intervendría más en ninguna ceremonia pública. Y así fue. Vivió catorce años más, pero como un buen torero supo retirarse a tiempo. Hombre exquisito, bondadoso, lúcido hasta el final de sus días, sabio y humanista, con sentido del humor —humor en blanco y negro—, me dijo una vez que pensaba darme su «currículum vitae» para que yo le hiciera su necrológica, pero no me lo dio, quizás guiado por el escepticismo y el pudor. Por eso los datos biobibliográficos que acom-

pañan estas palabras mías son fruto de mis búsquedas y recuerdos para una aproximación más completa y fidedigna a su figura, su obra, su personalidad. Aunque habiendo en medio de nosotros la verdad y la fuerza del corazón no es necesario el testimonio erudito ni el convencionalismo de la retórica panegirista.

Su muerte me ha sumido en un sentimiento de frustración y en una atmósfera de remordimiento y horfandad. Quizá no supe corresponderle en vida a tantas pruebas de generosidad y afecto. Y ahora que por primera vez me da la callada por respuesta, yo no tengo más remedio que poblar su silencio con mi voz y fundir su memoria con la mía para recordarle y honrarle mientras yo viva. «En Talavera Joselito me ganó la partía», dijo Juan Belmonte. Carlos García fue por delante de mí en todo, hasta en la muerte. Como dijo un poeta con el que se habrá encontrado en el otro mundo,

«Alguien, cuando pase el tiempo,  
y encuentre mi calavera,  
el tiro que no me ha dado  
buscará en mi sién entera.

Y en las cuencas de mis ojos  
querrá adivinar tal vez  
lo que vi... cuando veía  
y que yo nunca miré.

A ese piadoso erudito  
que busque el paso borrado  
—¡un débil paso terreno!—  
de la vida de un cansado  
de sí mismo, quiero dar  
esta confesión tardía  
resuelta en un epitafio  
pues que puedo todavía:

Vino, venció. Fue vencido  
en lo que quiso vencer.  
Escribió, y en el tintero  
dejó lo que quiso hacer,  
por hacer lo que quisieron.  
Y se fue».



¿Y a dónde se fue? ¿A dónde puede irse un hombre de fe, que le dio a la Iglesia un hijo sacerdote? ¿A dónde puede irse un antiguo cofrade de la Hermandad de los Estudiantes, que cada Martes Santo acompañaba vestido de penitente a su Cristo muerto en la Cruz al lado de una manigueta de su paso?

Fue Carlos García un poeta  
que sirvió a la Poesía  
sólo cuando ella quería  
y le daba la receta.  
Llevaba una manigueta  
el Martes Santo, de suerte  
que era su piedad tan fuerte  
que hoy estará en la otra orilla  
con quien llaman en Sevilla  
Cristo de la Buena Muerte.